

QUIEN PECÓ KIKI O SUS PADRES?

Por. José Vinces Rodríguez / Paz y Esperanza

“A su paso, Jesús vio a un hombre que era ciego de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron: Rabí para que éste hombre haya nacido ciego, ¿Quién pecó, él o sus padres?. Ni él pecó, ni sus padres respondió Jesús, sino que esto sucedió para que la obra de Dios se hiciera evidente en su vida. Mientras sea de día, tenemos que llevar a cabo la obra del que me envió. Viene la noche cuando nadie puede trabajar. Mientras esté yo en el mundo, luz soy del mundo. Dicho esto escupió en el suelo, hizo barro con la saliva y se lo untó en los ojos al ciego, diciéndole: Ve y lávate en el estanque de Siloé (que significa: Enviado). El ciego fue y se lavó, y al volver ya veía. (Juan 9:1-7).

Hace pocos días su rostro dio la vuelta al mundo a través de los medios de comunicación. Estuvo sepultado 8 días bajo los escombros de su casa hasta que fue rescatado por una brigada de bomberos, quienes lo arrancaron de las sombras de la muerte y lo trasladaron a la luz de la vida y la esperanza. Kiki es el nombre del niño haitiano de 8 años cuya rebosante sonrisa y contagiante felicidad fueron expresadas abriendo los brazos y levantando la mirada hacia el cielo como buscando encontrar al Todopoderoso para “gritarle su gratitud”. Estoy convencido que muchos que vieron esas imágenes lloraron y se emocionaron ante la proclamación y celebración de la vida.

Cuando se le preguntó a Kiki ¿Cómo pudo sobrevivir tantos días sin alimentación?, su respuesta fue firme, segura y contundente: “Dios me ayudó”. Kiki tenía claridad y conciencia que se debía a un milagro el no estar muerto, como sucedió con los miles de niños fallecidos, entre ellos su hermano menor, quien también pereció en el terremoto que devastó Puerto Príncipe el pasado 12 de enero. Sin embargo, es paradójico ver que mientras los niños miran y viven la vida con plenitud, confianza y objetividad, existen adultos – muchos de ellos religiosos - que lo hacen con prejuicios infundados y haciendo juicios de valor inadecuados, utilizando estos argumentos muchas veces para justificar su falta de acción y evadir así su responsabilidad de asistencia con los que más sufren, la compasión y la misericordia.

La historia bíblica narrada líneas arriba, nos ubica en un contexto histórico, cultural y religioso en el que se pensaba que todo tipo de enfermedad, sufrimiento o desgracia necesariamente era repercusión de un estilo de vida asociado al pecado. (Éxodo 20:5; 34:7). Se creía que cada pecado llevaba consigo un castigo específico. Por tanto siempre había la tendencia a sospechar e interpretar que una persona con limitaciones físicas había pecado o en todo caso un familiar cercano; entre ellos los padres. Si estas “desgracias” de tener un hijo con discapacidad o deforme llegaba al hogar de los religiosos de esa época, entre ellos los fariseos quienes se jactaban de ser “justos”, entonces atribuían el pecado al bebé, quien había “*accionado pecaminosamente desde el vientre de la madre*”.

Es en ese contexto que los discípulos de Jesús auscultan con “curiosidad” el origen del pecado del hombre ciego, asumiendo como una realidad de que él o sus padres debieron haber pecado para que haya nacido así. Sin embargo Jesús es enfático en su respuesta: *NI EL PECÓ, NI SUS PADRES*. En otras palabras les increpa su actitud especulativa de querer teologizar sobre esta desgracia en lugar de aprovechar esta oportunidad para asistir a alguien que anhelaba recobrar sus facultades físicas para disfrutar la vida plena que él pregona.

Jesús no malgastó su tiempo en dadas explicaciones, sino que aprovechó la ocasión para revertir dicha situación de tristeza en alegría, de enfermedad en salud, de limitación en liberación e independencia. Al hacerlo en un día de reposo, lo hizo con el propósito de enseñar la importancia de aplicar antes que el juicio la misericordia. Dejando por sentado que no necesariamente la pobreza, la enfermedad y los desastres son consecuencia del pecado y una retribución del juicio divino. La solidaridad, sanidad y total restauración fue la mejor demostración y señal de la voluntad de Dios para la vida de éste hombre ciego y lo sigue siendo para todos aquellos hombres, mujeres, pueblos y naciones que en la actualidad padecen algún tipo de calamidad y que esperan la intervención y rescate por parte de Dios.

Lamentablemente, existen muchos religiosos contemporáneos que lejos de presentar a un Dios de amor, amante de la vida, sensible, solidario y misericordioso con las necesidades integrales de sus criaturas y que desea que a través de Jesucristo disfrutemos de una vida abundante, pretenden sustentar la “teología del juicio divino”, quizá por que ello les permite eludir su responsabilidad en favor del prójimo doliente. A ellos les preocupa e interesa mucho aquietar sus conciencias. Por ese motivo califican como un “asunto privado” lo que les sucede a los que sufren desgracias y justifican su falta de intervención asegurando que *“esa desgracia fue la voluntad de Dios y un juicio divino, por lo tanto sería irse en contra de la voluntad de Dios actuar en rescate, ayuda, compasión y solidaridad con esas personas”*

Con este tipo de interpretaciones no hacen más que justificar la indiferencia ante el sufrimiento y de sesgar la integralidad del evangelio. Cuan pertinentes se tornan en este contexto las palabras del conocido teólogo Samuel Escobar en el siguiente sentido: *“Toda evangelización que no contemple además de lo espiritual, aspectos socio-políticos, económicos y culturales, se constituye en una mera religiosidad, más no en una cristiandad”*.

Mientras sea de día, TENEMOS que llevar a cabo la obra del que me envió. (V.4). Otras traducciones dicen: *“Es necesario que hagamos las obras del que me envió”*. Es decir Jesús nos abrió y mostró el camino a seguir en el servicio y auxilio del sufriente y en el ejercicio constante del bien a favor de aquellos caídos en desgracia. Estamos llamados por tanto a aprovechar situaciones de vulnerabilidad y menoscabo de la dignidad humana para hacer nuestra la exhortación del profeta, a no solo dejar de hacer el mal, sino también aprender a hacer el bien (Isaías 1:16,17).

¿Quién pecó Kiki o sus padres? Es la pregunta que se formulan algunos líderes religiosos contemporáneos para tratar de entender lo que le pasó a Kiki y no sólo eso sino que atribuyen la catástrofe como un castigo divino originado por los múltiples actos de brujería celebrados “por los padres y ancestros” haitianos de Kiki. Arguyen que el pacto celebrado con las fuerzas del mal y el haber cometido la osadía de independizarse del yugo francés ha dado lugar a todo esto. Entonces esto acarrearía maldición hasta la cuarta generación de la cual Kiki también forma parte.

Los actuales discípulos de Elifaz, Bildad y Zofar, (*“Consoladores molestos de Job”*), desconocen y no quieren entender que la historia centenaria de Haití flagrada de esclavitud, opresión, totalitarismo, corrupción, injusticia, muerte, hambre y desesperanza que antecedieron al último terremoto, no son consecuencia del pecado de Kiki, ni de sus padres ni mucho menos de las 600,000 niñas y niños damnificados hasta

el momento, sino más bien de la vergonzosa actuación, complicidad e inacción de muchos cristianos que propiciaron, consintieron y permitieron que la lista de “calamidades” descritas mantuvieran el status quo a lo largo de su historia.

Como si fuera poco todo esto, la hermana república de Haití ha sufrido un sismo de magnitud 7.3 que según estimaciones ha cobrado cerca de 200, 000 víctimas, y cuyos pronósticos más alentadores indican que el período de tiempo para su reconstrucción será no menos de 10 años.

Entonces lejos de intentar teologizar sobre las causas de este desastre que ha enlutado al mundo entero y tratar de imitar a los discípulos de Jesús, tal como lo están haciendo algunos líderes religiosos, entre ellos Pat Robertson, debiéramos mostrar disposición y estar prestos en generar, involucrarnos y apoyar iniciativas solidarias a favor de los actuales damnificados.

La historia nos relata que los ciegos y necesitados en los tiempos de Jesús, dependían exclusivamente de la caridad pública. Por ello, se ubicaban cerca del templo convencidos que sus feligreses o actuales miembros, serían los más rápidos en cumplir este deber ético de ayudarles solidariamente. Sin embargo, en el contexto actual, resulta penoso y hasta vergonzoso que ante la tragedia de Haití, hayamos sido los cristianos los más lentos en reaccionar y enviar todo tipo de ayuda, claro está salvo honrosas excepciones de organizaciones paraeclesiales o iglesias que ya están en la zona accionando a favor de los más necesitados.

John Wesley, quien se consideraba un ciudadano universal pues entendía claramente que a Dios le preocupaba todo lo que acontecía en el universo creado por él, consideraba que su ministerio pastoral y cristiano debía trascender más allá del espacio físico y geográfico de su iglesia local, perennizando su famosa expresión: *“Todo el mundo es mi parroquia”*.

Sólo en la medida que entendamos la dimensión de nuestro Dios y que aprendamos a mirar a través de sus ojos, seremos capaces de ser solidarios más allá de nuestras fronteras geográficas e incluso las religiosas.

“Y si supieseis qué significa: Misericordia quiero, y no sacrificio, no condenaríais a los inocentes”. (Mateo 12.7)